

escuadras bombardeó la rada y costas de Tolon, otra hizo lo mismo con la plaza y puerto del Havre y finalmente pasó el verano sin que los franceses hiciesen la primera tentativa de romper el bloqueo inglés.

Esto en cuanto á la guerra marítima. Por tierra recibieron las armas francesas un golpe formidable el 1.º de agosto cerca de Minden. El príncipe Fernando de Brunswick, después de su desgraciado ataque á Bergen, volvió á Westfalia para desde el río Lippe defender este territorio contra el ejército francés del Rin mandado por el mariscal Contades. Este último no subió á lo largo del río como esperaba Fernando, sino que atravesó el valle del Lahn, pasó á Giessen y Marburg y de allí al territorio de Paderborn. Entretanto Broglie penetraba en Hesse-Cassel cuyo anciano landgrave Guillermo tuvo que huir por tercera vez de los franceses, que asolaron sin misericordia su país con nuevas contribuciones y exacciones. Después Broglie pasando por Warburgo junto al ejército principal ocupó á Paderborn á donde le siguió también el ejército. La marcha de los franceses sobre Bielefeld obligó al príncipe Fernando, que había salido á su encuentro hasta Rieberg, y cuyas tropas ardían en deseos de pelear, á dirigirse, sin entablar la lucha, á la selva de Teutburgo, y el avance de Contades sobre Herford le hizo atravesar el monte hasta Osnabruck, para esquivar su encuentro. Fernando llegó á Osnabruck en 8 de julio y su movimiento permitió á Broglie ocupar el día siguiente la ciudad de Minden á donde le siguió el ejército principal, mientras él pasó á la orilla derecha del Weser haciendo á sus columnas volantes recorrer el país desde Buckeburg hasta el Hanover. Fernando, para no dejarse cortar la comunicación con el río Weser, se dirigió á marchas forzadas desde Osnabruck en dirección Nordeste, llegando al río el 13 de julio á unos 30 kilómetros mas abajo de Minden cerca de Stolzenau. Desde este punto avanzó su vanguardia río arriba hasta Petershagen, á favor de tres puentes que había hecho construir sobre el río. Asegurado ya el paso, era preciso que el príncipe se decidiese á arriesgar una nueva batalla, venciendo la repugnancia que paralizaba su acción desde el ataque de Bergen y que hacia dudar á su valiente ejército de su propia fuerza al ver que siempre retrocedía delante de enemigos que de ningún modo le eran superiores. El ejército de Fernando contaba entonces 52,000 hombres, mientras el de Contades, por razón de las muchas guarniciones y destacamentos que daba, se había reducido á 62,000. Estos se hallaban acampados cerca de Minden, donde ocupaban, entre la sierra de Wiehen y el arroyo de Bastan con una turbera delante, una de aquellas posiciones fuertes y hasta inexpugnables tan buscadas por los estratégicos de entonces, pero que no tenían ningún valor y hasta llegaban á ser funestas, cuando el general enemigo era arrojado é inteligente, para aprovecharse de la inmovilidad de su contrario y de su dificultad de abastecerse. Un general de esta clase resultó ser el príncipe Fernando tan pronto como hubo recobrado su pasada energía y su clara inteligencia. Hizo cortar al campamento del ejército francés con sus tropas ligeras todas las comunicaciones, y con ellas los víveres; y cuando estos empezaban á escasear en el ejército francés, envió al príncipe heredero de Brunswick á ocupar el 28 de julio á Lubbeke con órden de dirigirse desde allí por la sierra de Wiehen á la espalda del enemigo. En el camino reunióse con el príncipe heredero el general Dreves, procedente de Osnabruck, y en 31 de julio se hallaron con 7,000 hombres no lejos de Gohfeld á la espalda de las posiciones francesas.

Esto obligaba á Contades á salir de su campamento inexpugnable y librar batalla al príncipe heredero para conservar la retirada libre en dirección de Herford, ó á arrojarle sobre el príncipe Fernando á quien tenía delante.

En efecto, este último observó por la tarde del 31 de julio desde la altura de Lubbeke que el enemigo reconcentraba sus fuerzas destacadas, señal evidente de que se preparaba para atacarle.

El príncipe Fernando había situado el grueso de su ejército junto á la aldea de Hille, mientras el cuerpo del general Wangenheim ocupaba un campamento atrincherado á su izquierda entre Todtenhausn (Tonhausen) y Kutenhausn. Fernando, después de haber reconocido, como ya hemos dicho, las posiciones enemigas desde la altura de Lubbeke, mandó á las 5 de la tarde que todas las fuerzas de infantería y caballería estuviesen á punto de marcha una hora después de media noche, y encargó á los generales que estudiaran bien el terreno y muy particularmente los caminos por donde habían de marchar las columnas para llegar á las aldeas de Hahlen y Stemmer, donde debían formarse en batalla. A las tres de la madrugada del primero de agosto dijeron al príncipe que según declaración de dos desertores del regimiento de Picardía, se hallaba todo el ejército enemigo en marcha para caer sobre los hanoverianos, y que debía haber pasado el pantano á las doce de la noche. Al instante volaron los edecanes en todas direcciones para mandar á todo el ejército que se pusiera en marcha, y así se hizo con gran puntualidad, excepto la caballería del ala derecha que contra la órden expresa del príncipe no tenía ensillados los caballos, por cuya razón llegó á su puesto muy tarde por falta de su jefe lord Jorge Sackville.

Antes de empezar la batalla quedó ya burlado el plan del enemigo, que había preparado dos sorpresas, una ejecutada por Broglie contra Wangenheim, y la otra, que quería dar Contades mismo al flanco izquierdo del príncipe, con cuyo objeto tenía formados en su centro 61 escuadrones. Apenas Broglie abrió el fuego á las 5 de la mañana contra Todtenhausn, este le contestó con formidables y mortíferas descargas. El conde Guillermo de Buckeburg hizo trabajar con tanta energía y acierto sus treinta y dos cañones, que Broglie, después de dos embestidas heroicas de sus tropas, renunció á dar otras nuevas y acudió á Contades para que le enviara refuerzos ú órdenes. Peor lo había pasado entre tanto el grueso del ejército francés, que pensando sorprender al enemigo en su campamento, le había encontrado formado en batalla por el lado Norte del terreno turboso, antes de que los franceses pudiesen concluir su formación. Solo su vanguardia había tenido tiempo de ocupar la aldea de Hahlen; pero el príncipe Fernando llegó á rienda suelta á la de Hartum y ordenó al príncipe de Anhalt que recobrara inmediatamente á Hahlen, lo cual fué ejecutado al instante y casi sin lucha.

El príncipe reunió entonces al rededor del molino de viento de Hahlen las columnas de su ala derecha para arrojarle sobre la caballería que formaba el centro de la línea enemiga. Seis batallones mandados por el general Spörcke empezaron el ataque, apoyados luego por tres batallones ingleses, dos de la guardia hanoveriana y el batallón de Hardenberg que se adelantaron á su vez con admirable serenidad, conforme dijo el príncipe en su relación, sin ser apoyados por ninguna artillería. Expuestos al fuego de dos baterías enemigas, marcharon sin vacilar contra la caballería enemiga que se lanzó sobre ellos de frente y por los flancos con grandísimo ímpetu. Los batallones la dejaron acercarse hasta diez pasos, y entonces le hicieron tan mortíferas descargas, que los jinetes se dispersaron en horrorosa confusión por todos lados. Este era el momento en que debía arrojarle sobre ellos la caballería del ala derecha del príncipe, mandada por el lord inglés Sackville. Si en vez de Sackville la hubiera mandado un Zieten ó un Seydlitz, habría dado la

carga sin esperar ni recibir órden, pero el lord inglés se quedó como si no entendiera lo que se le mandaba, á pesar de dos órdenes que le mandó el príncipe una tras otra por sus ayudantes. Recibiendo nuevas órdenes apremiantes hizo como quien quiere ejecutarlas al instante, pero apenas hubieron partido los edecanes volvió á mandar hacer alto, porque estaba determinado á no hacer nada. Con esto dió tiempo á la caballería enemiga para formarse de nuevo, apoyada por la infantería sajona y por la artillería. Esta con su violento fuego dirigido de flanco sobre los granaderos diezmo sus filas; sin embargo aquellos valientes avanzaron hasta dar una nueva embestida mas impetuosa que la primera, pero que fué rechazada también brillantemente.

En esto envió el príncipe tercero y cuarto aviso á Sackville con órden de hacerle avanzar, mientras él mismo recogió la infantería que pudo de su segunda línea para acudir al auxilio de los batallones que estaban ya en grande apuro. Llegó á tiempo para rechazar á los gendarmes y carabineros franceses montados que efectivamente habían penetrado ya en parte en la primera línea de la infantería. En este momento crítico mandó el príncipe otra vez órden á la caballería de su ala derecha para que atacase, pero no á Sackville, sino al subalterno de éste, lord Granby, á fin de inducirle á avanzar siquiera con la segunda línea de la caballería inglesa. Este oficial estaba dispuesto á hacerlo, pero su superior se lo prohibió, queriendo primero hablar él con el príncipe. Fernando confirmó sus órdenes anteriores y lord Sackville no pudo ya fingir que no las entendía; volvió á la cabeza de sus tropas, pero no se movió tampoco. En lugar de él acudió del ala izquierda el general Urff con algunos escuadrones hessenses y se arrojó sobre la caballería francesa por el flanco arrollándola á la primera embestida. Entonces llegó la artillería inglesa de grueso calibre y abrió sobre el enemigo un fuego horroroso á lo largo del extremo Norte del terreno turboso, obligando á los franceses á retroceder á la desbandada hacia la ciudad de Minden. Cuando habían desaparecido los enemigos, y no se oyeron ya silbar sus balas, se presentó lord Sackville en el borde de la turbera para mirar el campo de batalla del cual con tanto cuidado se había mantenido alejado (1).

Hacia las once de la mañana estaba derrotado el ejército principal de los enemigos, y solo el de Broglie, que no había combatido cuerpo á cuerpo, conservó bastante órden para cubrir la retirada hasta que todos estuvieron detrás de los baluartes de Minden. Mas de 7,000 bajas entre muertos, heridos y prisioneros tuvieron los franceses, los cuales abandonaron además al enemigo 25 cañones, muchos estandartes y otras insignias de guerra. El general francés cuando llegó á Minden recibió otra noticia funesta; el duque de Brissac, encargado de guardar la comunicación con Herford con 7 ú 8,000 hombres cerca de Gohfeld, había sido derrotado por el príncipe heredero de Brunswick junto al puente del Werre, cerca de la aldea de Kirchlengern, con lo cual se había cortado al ejército francés la comunicación con sus almacenes y depósitos que había establecido en Herford, Paderborn y otras localidades. No le quedó, pues, mas remedio que evacuar la misma noche la fortaleza de Minden para atravesar el Weser y abrirse camino hacia Cassel, antes de que el príncipe heredero recibiese noticia de la batalla librada al otro lado y de la retirada de todo el ejército francés á la plaza, y le cerrara el paso. Gracias á esta resolución y al abandono

(1) Véase la relación del príncipe Fernando en la obra de WESTPHALEN, tomo III, págs. 579 hasta 586, y compárese con la de TEMPELHOFF, *Historia de la guerra de los siete años en Alemania*, Berlin 1787 (en alemán), págs. 178 hasta 205 con mapa. Véase también la obra de SCHARFER.

de una gran parte de su impedimenta, escapó Contade, efectivamente del peligro, dirigiéndose en la misma noche con su ejército á Rhinteln después de pasar el río por varios puentes. La guarnición que había dejado en Minden se rindió el 2 de agosto al príncipe Fernando. Los cazadores del comandante Freitag en la persecución del enemigo se apoderaron entre Lemgo y Detmold del riquísimo equipaje de los generales franceses; y por la correspondencia que en él se encontró, conoció el príncipe Fernando toda la magnitud de su victoria y la inmensa desgracia que con ella había evitado á la Baja Sajonia y á la Westfalia.

En la instrucción que en 23 de julio había enviado el mariscal Belleisle á Contades se leía entre otras cosas que le ordenaba mantener la guerra á costa de los territorios alemanes que tenía ocupados, vivir sobre el país y sacar de él todo cuanto necesitara: dinero, víveres, ganado para la manutención de su ejército y hasta hacer levas para llenar sus filas, porque desde Francia no se le podía mandar nada. Decíale también que sería menester convertir el frente de la comarca donde estableciera sus cuarteles de invierno en un verdadero desierto, á fin de hacer abandonar al enemigo toda idea de ataque.

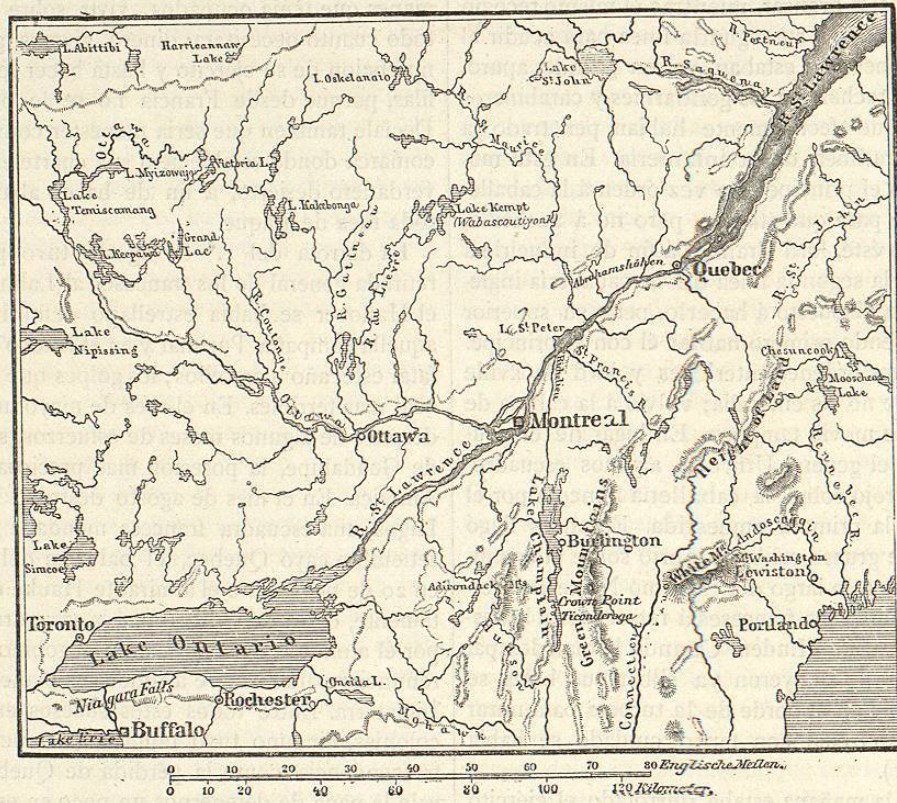
La derrota del 1.º de agosto tuvo por consecuencia la retirada general de los franceses al Lahn; su proyecto sobre el Hanover se había estrellado definitivamente para toda aquella campaña. Por mar y en el Nuevo Mundo fué también fatal este año para ellos; los golpes que recibieron fueron á cual mas terribles. En el mes de mayo una escuadra inglesa, después de algunos meses de esfuerzos, se apoderó de la isla de Guadalupe, la posesión mas preciosa de los franceses en América. En el mes de agosto destruyó Boscawen, cerca de Lagos, una escuadra francesa mandada por De la Clue; en setiembre cayó Quebec, el baluarte del Canadá francés, y en 20 de noviembre el almirante Hauke derrotó tan completamente, cerca de Quiberon, á la escuadra francesa mandada por el almirante Conflans, que el gobierno francés hubo de renunciar para siempre á todos sus planes de desembarco en Inglaterra. Entre todos estos sucesos en el mar y en las colonias, ninguno tuvo tanta importancia ni tan inmensa trascendencia como la pérdida de Quebec, por cuya razón vale la pena de detenernos un poco en este último suceso.

Lo que había quedado á la Francia en el Canadá después de las enormes pérdidas del año anterior lo debía únicamente á un eminentísimo guerrero en cuya persona se habían conservado todas las cualidades militares que habían distinguido hasta entonces á la nobleza francesa, y que á la sazón parecían haber desaparecido de los ejércitos de esta nación. Este hombre era el mariscal marqués de Montcalm, natural de Nimes, donde había nacido en el año 1712. Valiente como Bayardo, sagaz como los indios, y tenaz como los ingleses, defendió á la Francia americana palmo á palmo, y finalmente se resolvió á dar la última prueba de su alma de héroe, la de luchar y morir en el puesto que él mismo veía definitivamente perdido. En la población francesa que no pasaba de un total de 80,000 almas solo podían armarse como tropa activa de campaña á lo mas 7,000 hombres, que con los 3,200 hombres de tropas regulares francesas divididas en ocho batallones formaban un total que apenas llegaba á 10,200 hombres contra cerca de 50,000 que los ingleses tenían en aquellas regiones sobre las armas, incluso las milicias americanas. En todo el país era la miseria grandísima; los campos estaban abandonados ó apenas se cultivaban; para la tropa no había paga, y los empleados del gobierno se apoderaban de cuanto podían atrapar al ver acercarse la catástrofe final. «Si no sucede un milagro, escribió Montcalm á Belleisle, quedará perdido este año el Canadá, ó á lo mas en la cam-



paña siguiente.» El mariscal, que necesitaba todos los recursos marítimos de la Francia para armar su escuadra de desembarco destinada á Inglaterra, le contestó: «El rey confía enteramente en el celo y valor inflexible de V.» Estas palabras fueron lo único que el ministro tenía para salvar la Nueva Francia en América.

Para Guillermo Pitt había llegado el momento de realizar empresas trascendentales. Su plan atrevido de quitar á los franceses en una sola campaña por medio de tres ataques simultáneos todos los fuertes del lago Ontario (Niágara), los situados entre los lagos de Champlain y de Jorge (Crown Point, Ticonderoga) y los del río de San Lorenzo (Montreal y Quebec), era más fácil considerado en el mapa que ejecu-



Mapa del territorio de Montreal y Quebec con parte del río de San Lorenzo y del lago Ontario

la administración, y enteramente falto de todas aquellas cualidades que por regla general distinguen exteriormente á los hombres superiores. Este general tan joven, con sus cabellos de color rojo encendido, y no empolvados, lo cual era contra la moda reinante, con su cuerpo flaco y enfermizo, su aire nada marcial, y sus maneras torpes que chocaban tan penosamente en la sociedad, ni siquiera permitía sospechar por su exterior la infinita bondad de corazón de que rebotan todas sus cartas, ni la seguridad y decisión de héroe que llenaba todo su ser en frente del peligro. En una de las cartas que envió á su madre, le decía: «Ha de ser extraordinaria la situación en que mi naturaleza está destinada á revelarse. Me falta toda atención á mi propia persona y la aplicación perseverante que por lo general va unida á los caracteres bondadosos y filantrópicos. En la vida ordinaria no me presento por el lado más ventajoso (1).»

Su ardiente sed de gloria, que á veces se manifestaba con fanfarronadas ruidosas, no era fruto del deseo de brillar personalmente, como se observa por lo general en los grandes hombres, sino del anhelo de hacer cosas grandes, para

(1) Véase la obra de MAITON, tomo 4.<sup>o</sup>

tado sobre el terreno; pero en lo principal salió bien, por haber encontrado Pitt para la parte más difícil de aquel plan el hombre que necesitaba, el general más joven del ejército inglés, á quien sin atender á recomendaciones ni antigüedad había colocado en el puesto para el cual estaba predestinado. El único rival digno de un Montcalm francés era entre los generales ingleses Jacobo Wolfe, que había nacido en 1726, el cual habiendo entrado en el ejército casi niño, había hecho su carrera en las batallas de Dettingen, Fontenai y Lauffeld, y recientemente se había distinguido de una manera brillantísima en la toma de Luisburgo. Contaba 33 años y era guerrero nato, al estilo de Roberto Clive, completamente inútil en los salones como en las oficinas de

las cuales sentía en sí la fuerza necesaria, y de la altivez varonil que esta convicción engendra. Esta fuerza superior puso al servicio de su país, y á ella sacrificó con serenidad todo lo que anhelan las almas vulgares para adquirir honores.

Según el plan de Pitt, debían hacerse los tres ataques simultáneos á los baluartes del Canadá en el año 1749. Un ejército compuesto de milicias mandadas por el general Prideaux unido con indios amigos á las órdenes del general Johnson debía conquistar el fuerte del Niágara, embarcarse después en el lago Ontario y amenazar á Montreal; el ejército principal compuesto de 12,000 hombres y mandado por el general Amherst tenía orden de volver á atacar el fuerte Ticonderoga, asegurar el dominio de todo el lago Champlain y bajar después el río Richelieu hasta el río de San Lorenzo para cooperar á la empresa contra Quebec cuya conquista debía coronar toda la obra. Esta operación corría á cargo del general Wolfe, que con 10,000 hombres debía embarcarse en la escuadra del almirante Saunders y subir por el río de San Lorenzo tan luego como lo permitiera el deshielo de este río.

Los generales Prideaux y Johnson empezaron el sitio del fuerte del Niágara (en el extremo Sur del lago Ontario) á

mediados del mes de junio. En los primeros días del sitio reventó un mortero y mató á Prindaux, con lo cual pasó el mando del ejército á su compañero. Este derrotó á los voluntarios indios y canadienses que se acercaron para socorrer la plaza, cuya guarnición, que contempló desde las murallas la brillante victoria de los sitiadores, se rindió aquella misma noche. El 25 de julio eran dueños los ingleses del Niágara. Al día siguiente evacuaron los franceses sin combate la fortísima plaza de Ticonderoga, donde el general Amherst había esperado una tenaz resistencia, y pocos días después abandonaron de la misma manera el fuerte de Crown Point. En ambas plazas y antes de su rendición destruyeron las fortificaciones. La reconstrucción de estas obras de tierra y la construcción de barcas para la travesía del lago Champlain ocuparon á Amherst algunas semanas, hasta que la estación le hizo imposible toda otra operación en aquella campaña; de suerte que Wolfe no pudo contar con su auxilio ni con el de Johnson en su lucha para conquistar la plaza de Quebec.

Wolfe había salido de Inglaterra en el mes de febrero de 1759; en 6 de junio estaba en Luisburgo, donde se embarcó con su ejército; y en 27 de aquel mes desembarcó en la isla de Orleans que está en el centro del río San Lorenzo más abajo de Quebec. Su ejército se componía de 8 regimientos, 2 batallones anglo-americanos de línea, 3 compañías de cazadores, una fuerte artillería y una brigada de ingenieros, en todo aproximadamente 10,000 hombres; la escuadra del almirante Saunders tenía 22 navíos y otras tantas fragatas y cañoneros. En uno de los buques se encontraba el célebrísimo marino y navegante James Cook, y entre los jefes de brigada se hallaban el valiente Roberto Monckton, después gobernador de Nueva York y conquistador de la Martinica, y Jorge Townshend, el hermano mayor de Townshend, el conocido legislador de los Estados Unidos (1).

Mirada desde el río parecía Quebec uno de aquellos castillos situados en la cumbre de peñascos, cuya posición y aspecto les dan fama de inexpugnables. Una larga cordillera peñascosa llamada Alturas de Abraham se extiende desde el Sudeste por espacio de varias leguas siguiendo la orilla izquierda del río San Lorenzo; y junto á la desembocadura de su afluente San Carlos, que atraviesa un valle fértil, forma un promontorio que, á excepción de dos mesetas, baja casi perpendicularmente hasta el río.

En estas dos mesetas se halla emplazada la ciudad de Quebec, dividida en alta y baja, ocupando el castillo llamado Luis el punto más elevado. La población contaba á la sazón unas 7,000 almas; las obras de fortificación eran insignificantes, y artillería no había al parecer ninguna; de suerte que la ciudad, á pesar de su magnífica posición, estaba expuesta sin defensa al enemigo que lograría apoderarse y artillar las alturas que tenía enfrente llamadas de Point Lévis. El general Monckton había ocupado ya este punto el 29 de junio con 4 batallones y había levantado baterías de morteros y cañones que en una sola noche incendiaron más de 50 casas y destruyeron la ciudad baja enteramente y la alta en gran parte. Si Montcalm se hubiese encerrado en esta plaza, le habría obligado la artillería inglesa en pocos días á rendirse, pero como general previsor había construido debajo de la ciudad y fuera del alcance de la artillería enemiga un campamento entre los ríos San Carlos y Montmorency con el centro en la aldea de Beauport y con las playas arenosas y extensas delante, que se burlaban de todas las tentativas de desembarco y del fuego de la artillería enemiga. A sus es-

paldas tenía Montcalm selvas impenetrables y alturas inaccesibles por lo escarpadas, y á la derecha un puente de barcas sobre el río San Carlos para su comunicación con la ciudad.

Este punto, como todos los demás puntos débiles, estaba fortificado con obras de tierra, habiendo aprovechado Montcalm hasta los menores pliegues del terreno. Para arrojar á los franceses de esta posición inexpugnable hizo Wolfe durante dos semanas todos los esfuerzos imaginables; y cuando vio que ningún resultado obtenía, determinó atacar directamente las obras de fortificación francesas. El 31 de julio procedió al ataque. Las lanchas de la escuadra pasaron al otro lado del río, que allí apenas tiene media hora de ancho, una sección de granaderos. En esta operación no hubo más percance que el naufragio de algunas lanchas que dieron contra una hilera de arrecifes situada cerca de la orilla izquierda. Desembarcados los granaderos junto á la embocadura del Montmorency, corrieron á paso de carga contra los terraplenes franceses. Estos los recibieron con un fuego tan violento, que los desbandó y obligó á emprender después de terribles pérdidas la retirada, dirigida por Wolfe con tanta circunspección como serenidad. Esta empresa frustrada fué seguida de largas y tristes semanas de inacción, esperando los socorros que debían enviar Johnson y Amherst, y limitándose Wolfe á continuar sus tentativas, aunque vanas también, para sacar á Montcalm de sus fuertes posiciones, ó desembarcar fuerzas en la orilla izquierda más arriba del campamento francés. Las tropas inglesas estaban desalentadas; habían perdido en la acción del 31 nada menos que 400 valientes, á cuyas pérdidas se agregaron otras bajas por enfermedad; de modo que descontando las guarniciones de la isla de Orleans, en el centro del río, y de la altura de Point Lévis, no quedaban á principios de setiembre sino escasos 3,600 hombres disponibles. El mismo general Wolfe cayó gravemente enfermo, pudiendo escribir á Pitt solo en 9 de setiembre: «Me encuentro suficientemente restablecido para volver á encargarme del servicio, pero sin el consuelo de haber hecho nada útil para la nación ni de tener siquiera esperanza de hacerlo (1).»

Tampoco cantaba victoria Montcalm que tenía en su campamento un gran enjambre de gente armada, pero ningún ejército; porque entre sus 10,000 hombres á lo más había 2,000 de tropas regulares; el resto eran milicias canadienses y cazadores indios, toda gente que á pesar de su vigilancia y valor personal, le inspiraba tan poca confianza que escribió en 24 de agosto á un primo suyo en Francia: «La toma de Quebec es cosa de un golpe de mano. Los ingleses son dueños del río y no necesitan más que pasar á la orilla en que está situada la ciudad, abierta é indefensa. Una vez allí, pueden presentarme batalla, que entonces no puedo ni rehusar ni ganar; porque si el señor Wolfe sabe su oficio, no tiene más que resistir el primer fuego y caer á paso de carga sobre mi ejército; y si al llegar cerca de nosotros, hace una descarga general, consternará á mis canadienses que, indisciplinados y sordos como son á los señales de tambor y de corneta, y espantados de los claros que el enemigo habrá hecho en sus filas, se desbandarán y no habrá medio de hacerlos entrar en orden. Además no tienen bayonetas para defenderse cuerpo á cuerpo y no tendrán más remedio que huir quedando derrotados completamente sin remisión. Hay situaciones en que no queda á un general más recurso que morir con honra.—Mis sentimientos son los que debe tener un francés, y francés será hasta en el sepulcro, si es que en el sepulcro uno es algo todavía.»

(1) Véase la obra de BANCROFT, *History of the United States*, tomo 3.<sup>o</sup>

(1) Esta carta se halla reproducida por entero en la *Correspondence of William Pitt, Earl of Chatham*, Londres 1838, tomo 1.<sup>o</sup>, páginas 425 hasta 430.